



Solemnidad del Cuerpo y la Sangre Santísimos de Cristo

(ciclo A)
7 de junio de 2026

1. Notas exegéticas

La festividad del *Corpus Christi* nos permite ahondar y celebrar el misterio inefable de la Eucaristía. Las raíces últimas, culturales y religiosas de este sacramento se remontan a la última cena de Jesús con sus discípulos, es un reto para la comunidad y para cada uno de nosotros personalmente, pues, con palabras del Vaticano II, este sacramento es como la “culminación de toda la vida cristiana” (LG 11), por cuanto en él “vive, se edifica y crece sin cesar la Iglesia de Dios” (LG 26).

La Eucaristía posee un dinamismo único que siempre se renueva desde el compromiso de Jesús con su comunidad, con la Iglesia entera. En cada Eucaristía sucede siempre algo nuevo para nosotros, porque siempre tenemos necesidades nuevas a las que el Señor resucitado de la eucaristía nos fortalece para la comunión y la misión. Por ello, los textos de la liturgia de hoy debemos leerlos y releerlos buscando la luz que nos ayude a vivir el carácter inefable de este sacramento.

Lectura del libro del Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16a

Te alimentó con el maná, que tú no conocías

Como es habitual, la primera lectura es como una bandeja plateada que nos introduce al contenido del evangelio. Esta vez, el Deuteronomio nos trae elementos referentes al maná, con el cual Dios alimento al pueblo en el desierto. En las tradiciones bíblicas de la Sabiduría, de las reflexiones rabínicas y el mismo evangelio de Juan (capítulo 6)





Plan de Predicación

nos encontramos con el maná como la prefiguración de los dones divinos. El texto del Deuteronomio invita a recordar el maná, “un alimento que tú no conocías, ni tampoco conocieron tus antepasados” (Dt 8,3). Además, el texto invita reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios.

El quinto libro del Pentateuco (la Ley) hace una llamada a la “memoria” del pueblo, para “que no se olvide del Señor, su Dios” (Dt 8,14). El recordar la liberación de la esclavitud de Egipto por medio de la mano potente del Señor (Dt 8,14), como también el recuerdo de la experiencia humillante pero necesaria del desierto (v. 16), tienen la función de colocar como fundamento de la existencia la presencia amorosa del Señor en la historia. Todo esto se hace “memoria” (*zikarón*, en hebreo), un elemento que tiene mucha importancia para el sentido de la eucaristía e, incluso, para que este pasaje bíblico haya sido escogido en la liturgia del “*Corpus*”. El cristiano debe recordar y cultivar su fe en todo momento para saber actuar según Dios, en su actuar personal, familiar, comunitario y publico-político

Salmo 147,12-13. 14-15. 19-20

Glorifica al Señor, Jerusalén.

En la liturgia cristiana se proclama frecuentemente el salmo 147 refiriéndolo tanto a la Palabra como a la Eucaristía. En cuanto a la palabra de Dios, que “corre veloz” sobre la faz de la tierra; y en cuanto a Eucaristía, la verdadera “**flor de harina**” otorgada por Dios para “**saciar**” el hambre de la humanidad (cf. vv. 14-15). Orígenes, en una de sus homilías, traducidas y difundidas en Occidente por san Jerónimo, comenta este salmo, relacionando precisamente la palabra de Dios y la Eucaristía:

*“Leemos las sagradas Escrituras. Pienso que el evangelio es el cuerpo de Cristo; pienso que las sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando dice: **el que no coma mi carne y no beba mi sangre** (Jn 6,53), aunque estas palabras se puedan entender como referidas también al Misterio (eucarístico), sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es verdaderamente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios.”* (74 omelie sul libro dei Salmi, Milán 1993, pp. 543-544).

Asimismo, san Juan Pablo II, comentando nuestro salmo dice: “Del mismo modo que hay dos acciones gloriosas de Dios, la creación y la historia, así existen dos revelaciones: una inscrita en la naturaleza misma y abierta a todos; y la otra dada al pueblo elegido, que la deberá testimoniar y comunicar a la humanidad entera, y que se halla contenida en la sagrada Escritura” (Audiencia General, 5 de junio de 2002).





Plan de Predicación

Como lo profundizaremos en el evangelio de Juan 6, en este día del “Corpus”, glorificamos a Dios al contemplar y recibir el misterio de la Palabra que también se hizo “carne”, o sea, entró en la historia y puso su morada entre nosotros (cf. Jn 1,3.14). Recibimos la Eucaristía para transformar la historia.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 10,16-17

La Eucaristía, misterio de comunión (koinonia)

El texto paulino de hoy no se refiere a las palabras de la última cena sobre el pan y sobre la copa (cf. 1Cor 11,23-26), sino que se trata de una interpretación del apóstol del doble rito de la eucaristía: sobre el cáliz de bendición y sobre el pan.

Queridos míos, huyan de la idolatría

Para entrar en el contexto de nuestro pasaje paulino de hoy (1Cor 10), recordemos que para Pablo existía una continuidad entre el pueblo de Dios, los israelitas del Antiguo Testamento, y la Iglesia, el pueblo del Nuevo Testamento. En 1 Corintios 10, Pablo advierte a los corintios que no sigan el ejemplo negativo de los israelitas, enumerando los pecados que provocaron la ira divina. Ciertamente, se supone que los corintios conocían la historia de Israel en el desierto (véase vv. 6-11). El apóstol concluye la reseña de cinco ejemplos negativos del pasado, advirtiendo que todo lo que le sucedió al pueblo de Israel en su peregrinaje por el desierto fue escrito para amonestar a los cristianos (además de a los israelitas del AT) a no cometer los mismos errores, uno de los cuales es el rendir culto a los ídolos.

Pablo insiste: **“Por eso, queridos míos, huyan de la idolatría”** (1Cor 10,14). Aquí parece retomar el tema del capítulo 8, también a la luz del pecado de idolatría del pueblo de Israel. De manera afectuosa, y no represiva, el apóstol exhorta a los creyentes a seguir huyendo de la idolatría que impregnaba en todos los sentidos la vida en Corinto. La preocupación de Pablo es que existía el peligro de dar un paso más allá de comer carne sacrificada, es decir, unirse a los paganos en las fiestas sacrificiales en sus templos paganos. Esto habría sido incorrecto y pecaminoso porque suponía una participación en la adoración de los dioses. Si por ídolo entendemos cualquier cosa que ocupa el lugar de Dios, hoy en día nosotros podemos convertir en ídolo cualquier cosa: nuestro trabajo, la familia, el cuerpo, la casa, nuestras aficiones (apegos).





El pan que partimos y la copa que bendecimos

El apóstol no exige una obediencia ciega a lo que está diciendo, apelando a su autoridad, sino que apela a la capacidad de ellos para discernir la verdad. “Les hablo como a personas inteligentes; juzguen ustedes mismos lo que digo” (1Cor 10,15). A continuación, plantea algunas preguntas sobre la Cena del Señor, seguro de que ellos entenderían a qué se refería. ¿Acaso la copa de la bendición que bendecimos no es la comunión (*koinonia*, “participación”, en griego) con la sangre de Cristo? ¿Acaso el pan que partimos no es la comunión (*koinonia*) con el cuerpo de Cristo? (10,16).

Para mostrar el error de participar en los cultos paganos, Pablo establece una comparación entre la participación que implicaba comer y beber en los templos paganos y la Cena del Señor, dos realidades similares pero opuestas. La participación común en el culto pagano implicaba una cierta comunión espiritual con la deidad allí adorada, mientras que la participación en la Cena del Señor indicaba la profunda comunión espiritual entre el creyente y Cristo y entre los propios creyentes, lo que por sí mismo excluía totalmente cualquier otra implicación con los dioses paganos y sus cultos. Los corintios debían comprender que la participación en las comidas sagradas paganas en los templos no era solo una reunión con amigos o con fines sociopolíticos. Estaba en juego el aspecto espiritual, mucho más importante.

La expresión “partir (o romper) el pan” indicaba el hecho de compartir una comida y fue adoptada por los primeros cristianos. Refleja también la práctica de cada creyente de tomar un trozo de pan para sí mismo, lo que indica una bendición individual y colectiva. Para el apóstol, lo importante es que la copa no es una copa cualquiera, sino la del Señor, y evoca su acción en la Última Cena, y la sangre evoca el sacrificio de Cristo y los beneficios que los cristianos reciben de su muerte como expiación por los pecados.

Porque hay un solo pan todos formamos un solo cuerpo

Pablo utiliza una nueva ilustración para explicar su punto de vista. Los creyentes, que son muchos, forman en realidad un solo cuerpo. “Puesto que hay un solo pan, nosotros, que somos muchos, formamos un solo cuerpo” (10,17). La expresión “solo cuerpo” (*hen soma*, en griego) es una frase técnica que hace referencia a la unión mística de los creyentes con Cristo, porque todos participamos de ese único pan. El ser un solo cuerpo se debe al único pan, que es figura de Cristo.





Plan de Predicación

El comerlo juntos une a los creyentes y acentúa así la unidad de la comunidad de Cristo, tal y como lo había sido la Pascua, una única experiencia unificadora del pueblo de Dios. Por el contexto, sabemos que esta es una advertencia a los “fuertes” de la comunidad que rompen la comunión con los débiles. Las divisiones en la comunidad, la iglesia, atentan contra la comunión, porque dice en 1Corintios 12,27: “ustedes son el cuerpo de Cristo”.

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 51-58

El pan de una vida nueva, resucitada.

La integridad del relato de Juan 6,1-71

Cuando hablamos de integridad de un pasaje bíblico nos planteamos acerca de la composición del relato. El texto de Juan 6,1-71 es una elaboración teológica y catequética del simbolismo del maná, el alimento divino de la tradición bíblica, que viene al final del discurso sobre el pan de vida. Muchos estudiosos opinan que la sección de Juan que hoy nos ocupa, particularmente los vv. 51-58, es de carácter eucarístico. Sin embargo, un teólogo de mucha influencia en el siglo pasado, R. Bultmann considera que dichos versículos fueron añadidos por un editor posterior, o sea que se trata de una interpolación redaccional y, según él, se necesita reordenar el texto “original” de Juan 6. Por su parte, otros autores, R.E. Brown, R. Schnackenburg, F. Moloney, sostienen que es más fácil de explicar si se considera que toda la sección es obra de un solo autor. En efecto, como veremos brevemente, la narrativa del pan de vida ofrece una nueva perspectiva sobre la carne, explicando el significado de la encarnación para la vida de la comunidad.

El pasaje también se hace referencia al discipulado y a la fe, lo que se hace eco del contraste de 1,12-13. El discurso del pan de vida está vinculado al relato de la multiplicación de los panes (6,1-15), en el contexto de la Pascua (6,4), cuyo significado simbólico se va revelando poco a poco. Además, al final del capítulo 6 se menciona a Judas Iscariote, lo que proporciona un marco claro de la Última Cena en el contexto de la celebración de la Pascua (v. 71). Así pues, tanto la historia de la multiplicación de los panes como el discurso de Jesús están estrechamente relacionados.



***“Yo soy el pan vivo bajado del cielo el que me come vivirá por mí”***

El evangelista ha retratado una situación en la que el motivo del maná es utilizado retóricamente por los interlocutores de Jesús, pero que el Jesús joánico reformula en forma de una triple exhortación cristocéntrica, utilizando la imagen del “pan de vida” dado por Dios, recibido por los creyentes e ingerido por aquellos que serían sus discípulos. Al hacerlo, la reformulación que Juan hace de la retórica del maná es sumamente significativa.

El pasaje del evangelio de hoy, los vv. 51-58, constituye “el punto culminante y el punto de inflexión” del ministerio de Jesús en Galilea, según el evangelio de Juan, ya que el desarrollo sistemático de Jesús como Pan y Vida exige una respuesta decisiva a la salvación de Dios en Jesús. El milagro o signo de la multiplicación de los panes, las reacciones de la multitud y las referencias de la Escritura dan al capítulo 6 de Juan una estructura única. El punto de partida del sermón lo tenemos en el v. 31, basado en el Salmo 78,24, con la reacción de la gente que evocan el maná que comieron los padres en el desierto: “Les dio a comer pan del cielo”. A partir de ahí se desarrolla el discurso revelador sobre Jesús como el Pan de Vida, que constituye el clímax del cap. 6.

Con palabras de R. Schnackenburg: “El evangelista utilizó deliberadamente el relato tradicional para presentar la revelación de Jesús de sí mismo como el pan de vida bajado del cielo. Consideró el milagro de la multiplicación de los panes como una ‘señal’ que debía ir acompañada del discurso revelador del día siguiente, al que las propias palabras de Jesús darían su significado más profundo. También utilizó las reacciones de la multitud para preparar a sus lectores para el tema de la fe y la incredulidad. Esto también se introduce en el ‘midrash’ (vv. 36-47) y pasa a ser central en la posterior crisis de fe entre los discípulos (vv. 60-71)”. (*San Juan*, vol. 2, p. 24)

La centralidad de la fe: “comer” es “creer”

Las personas se alimentan de Jesús crucificado a través de la fe. “Comer” es “creer”. La centralidad de la fe se introdujo al comienzo del discurso, cuando la multitud preguntó qué era necesario para hacer las obras de Dios, y Jesús respondió que la obra de Dios era que creyeran en aquel a quien él había enviado (6,28-29). Cuando Jesús se identificó como el pan de vida, dijo que quienes vinieran a él y creyeran en él no tendrían hambre ni sed (6,35). Prometió que “el que cree tiene vida eterna” y resucitará en el último día (6,40.47), y repitió la misma idea al decir: “El que come mi





Plan de Predicación

carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (6,54). Jesús advirtió que quienes no coman y beban de él no tienen vida, al igual que en otros pasajes advirtió que quienes no creen se enfrentan a la perspectiva de la muerte (3,18.36; 8,24). Participar de Jesús como el pan de vida es creer que el Mesías crucificado es la fuente de la vida eterna con Dios. Quienes no pueden recibir la comunión en la santa Misa: ¿Qué les impide acercarse al altar del sacrificio pascual? Hay que cultivar la fe, personalmente y en comunidad. ¿A quién iremos, sino al Señor que tiene palabras de vida eterna (6,68)? Pues, comulgar es creer.

Comer la carne y beber la sangre para permanecer en Jesús

Se observa que, en su contexto actual, Juan 6 apunta al Cristo crucificado y resucitado, por medio del cual se concede el don de la vida eterna a quienes creen. El contraste entre la multitud, a la que las palabras de Jesús repugnan (escandalizan), y los discípulos, que las acogieron como vida eterna, pone de manifiesto la diferencia entre la fe y la incredulidad, entre los que se alejan de Jesús, incluyendo “muchos de sus discípulos” (v. 60).

En el dialogo entre Jesús y la multitud (“los judíos”) el significado simbólico se va develando gradualmente. La revelación gradual de Jesús como el verdadero Pan integra a lo largo de todo el texto tanto la dimensión sapiencial como la eucarística. En los vv. 51-58, donde Jesús habla más extensamente sobre comer y beber, no se introduce una nueva dimensión, sino más bien un retorno al principio: ahora se revela todo el significado simbólico del relato del signo (vv. 1-15. Jesús es el Pan de vida del que deben alimentarse los creyentes para tener vida. Aquel que es “el hijo de José de Nazaret” es también “el Pan que ha bajado del cielo” (v. 41).

En este punto, el concepto de “carne” se hace explícito (v. 51). El contexto son las cuatro declaraciones del “Yo soy” del capítulo (cf. vv. 35, 41 y 48), que resumen lo anterior y, al mismo tiempo, ponen de relieve, de forma más explícita, el acto simbólico de comer (y beber). Una vez más, el texto remite a la historia de la comida, donde queda claro que la “señal” apunta simbólicamente a Jesús como anfitrión (vv. 11 y 52): “el pan que yo mismo daré” (verbo en futuro: como Jesús glorificado tras la crucifixión) y también el alimento en sí (“Yo soy el Pan que ha bajado del cielo”).





Plan de Predicación

En los versículos siguientes, el Jesús del Evangelio de Juan expone en términos tajantes la necesidad de comer su carne y beber su sangre, sin lo cual la vida eterna es imposible (vv. 52-58). La palabra “carne” (*sarx*) se menciona seis veces en total, acompañada de cuatro referencias a la “sangre” (*aima*), y es intercambiable con «yo» (6,57), lo que deja claro que la frase «carne y sangre» se refiere al propio Jesús. La entrega divina en la muerte de Jesús y en la Eucaristía es un solo acontecimiento, ambos representando diferentes dimensiones de la única entrega que es a la vez humana (de la “carne”) y divina (comunicación de Dios). La carne de Jesús es aquella que muere y resucita, creando y sosteniendo la vida —no solo la vida física, sino también la vida escatológica (“vida eterna”, v. 54). Esto representa una ampliación del significado de la “carne” (*sarx*) de Jesús (1,14). No estamos hablando del Jesús terrenal, sino más bien de la presencia de Cristo resucitado en la vida de la comunidad a través del Espíritu dador de vida.





II. Pistas homiléticas

La segunda lectura de hoy (1Cor 10,16-17), es considerablemente corto, pero fundamental. Expresa uno de los aspectos inefables de la Eucaristía con el que Pablo quiere corregir divisiones en la comunidad de Corinto. La participación en la copa eucarística (el cáliz de bendición) es una participación en la vida que tiene el Señor; la participación en el pan que se bendice es una participación en el cuerpo, en la vida, en la historia de nuestro Señor.

La Pascua del Señor es la experiencia unificadora del pueblo de Dios. El comer juntos el Cordero Pascual acentúa la unidad de la comunidad, la unidad de la iglesia. Celebrando la solemnidad del *Corpus Christi* llegamos a un momento culmen del tiempo pascual, que, si bien termina con el domingo de la Santísima Trinidad, se prolonga a lo largo del año en cada celebración de la Eucaristía.

¿Cómo es posible que la comunidad se divida? Las divisiones que por diversos motivos ocurren en la comunidad cristiana es un atentado, precisamente, a lo más fundamental de la Eucaristía: que hace la Iglesia, que la configura como misterio de hermandad y fraternidad (*koinonia*). Podemos adorar el sacramento y las divisiones permanecerán ahí; pero cuando se llega a una verdadera “participación” del misterio eucarístico, entonces las divisiones de la comunidad entre ricos y pobres, entre sabios e ignorantes, entre hombres y mujeres, entre opciones políticas diversas, no pueden mantenerse de ninguna manera.

La Cena del Señor, Fe Pascual y Eucaristía, Discipulado

Los lectores familiarizados con la celebración cristiana de la Cena del Señor probablemente habrán percibido ecos de su lenguaje en este pasaje. Los demás Evangelios y Pablo dicen que, la noche en que Jesús fue traicionado, tomó pan, dio gracias y se lo dio a sus discípulos diciendo: “Este es mi cuerpo, entregado por ustedes”. También les dio una copa de vino diciendo: “Esta es mi sangre”. Quienes lean Juan 6 teniendo en cuenta estos pasajes podrían ver conexiones entre la Cena del Señor y el relato de Juan sobre el signo (milagro) del sustento de los cinco mil, ya que Jesús tomó pan, dio gracias y lo repartió entre la multitud. También pueden haber relacionado las referencias a comer la carne de Jesús y beber su sangre con las palabras pronunciadas en otros pasajes sobre el pan y la copa. Juan 6 no trata de la





Plan de Predicación

Cena del Señor, pero su lenguaje sugiere a los lectores que conocían la tradición por otras fuentes que el “don de la vida” proporcionado a través de la crucifixión de Jesús seguía ofreciéndoseles mediante la celebración de la Cena del Señor en la comunidad cristiana. De aquí, la estrecha relación con la promesa de Jesús: “lo resucitare en el último día”.

La Comunión con Jesús implica cultivar la fe con los demás

El lenguaje eucarístico de Juan 6 deriva de su contexto simbólico y teológico: así como la carne de Jesús irradia la gloria divina, así también la sustancia material del pan y el vino son transformados en la Eucaristía. Por la presencia del Espíritu, el pan y el vino se transfiguran hasta impregnarse de la presencia y la gloria divinas. De manera que la persona creyente que abraza el símbolo con una fe firme es transformada.

Las personas de la multitud, que han comido físicamente el pan que Jesús ha dado, vienen a Jesús en Cafarnaúm, donde él dice: “Si no comen (*trogein*, “masticar”, en griego) la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en ustedes... El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él” (6,53-56). Sin embargo, después de escuchar a Jesús decir esto, muchos de ellos “se volvieron atrás y ya no andaban con él” (6,66). El problema no era que estas personas no hubieran comido el pan que Jesús les había dado; lo habían hecho. El problema era de creer o no creer en Jesús. Habían comido el pan en un sentido físico, pero no permanecían en Jesús. Jesús pide recibirlo con la fe y “comer”, comulgar con El. En el relato de la Última Cena, el evangelista utiliza el mismo verbo para la comida realizada por Judas, quien “comió” (*trogein*) del pan de Jesús solo para traicionarlo, no para permanecer en él.





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, bienvenidos a esta celebración de la Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo. Jesús se nos da hoy como pan vivo bajado del cielo: su cuerpo y su sangre, verdadero alimento para la vida eterna. Es un misterio el Amor de Jesucristo que, por su sacrificio redentor, se transforma en alimento para llevarnos a la unidad con él y con el Padre eterno.

Celebremos con fe y gratitud este don inmenso del amor de Dios.

Monición a las lecturas

Al escuchar estas lecturas caminemos con el pueblo de Israel y experimentemos cómo el Señor nos sostiene; y al mismo tiempo avancemos hacia el anhelo cada vez más perfecto de sentirnos saciados con el cuerpo y la sangre de Cristo que se ha sacrificado por nosotros.

Monición a la presentación de dones

Junto al pan y el vino que se convertirán en Cuerpo y Sangre de Cristo, nuestro Señor, unamos nuestras vidas, con sus alegrías y sus penas, y pongamos sobre el altar las necesidades e intenciones del mundo entero.

Monición a la comunión

En la fracción del Pan reconocemos a Cristo, presente en este Sacramento. Ante nuestro mundo que padece de hambre de pan y hambre de Dios, el mismo Jesucristo se nos acerca para ofrecerse como alimento de Vida Eterna. Recibámosle y entremos en comunión con Él y con nuestros hermanos.





Oración de fieles

Presidente

Hermanos, unidos como un solo cuerpo en torno a la mesa del Señor, elevemos con confianza nuestras súplicas al Padre.

R/. Dios de amor y de vida, escúchanos.

1. Por el Papa León, nuestro obispo Luis José y todos los sacerdotes, para que sean servidores fieles de la Eucaristía y conduzcan al pueblo de Dios hacia la vida eterna.
2. Por quienes tienen responsabilidad política y de administración pública en nuestra nación, para que busquen el bien común inspirados en la justicia y la fraternidad que brota del pan compartido. Oremos.
3. Por los enfermos, los pobres y los marginados, para que, en ellos, como comunidad eclesial, reconozcamos el rostro de Cristo y nos convirtamos en pan partido para los demás. Oremos.
4. Por quienes no creen necesitar acercarse a la mesa del Señor, para que redescubran en este sacramento el alimento que da vida en plenitud.
5. Por todos los aquí reunidos, para que la Eucaristía que celebramos transforme nuestra vida en hostias vivas del amor de Cristo en nuestras familias y ambientes. Oremos.

Presidente

Padre bueno, tú nos alimentas con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo. Escucha nuestras oraciones y haznos dignos de la promesa de la vida eterna. Por Cristo nuestro Señor.





Sugerencia Litúrgica

Procesión Eucarística al final de la Misa

Después de la oración post – Comunión (o de los avisos parroquiales si es el caso), se pronuncia esta monición:

Hermanos, en este día en que la Iglesia proclama la grandeza del Cuerpo y la Sangre del Señor, queremos expresar nuestra fe con un gesto de adoración. Acompañaremos en breve al Santísimo Sacramento en una sencilla procesión por el interior del templo. Que este signo nos ayude a renovar nuestra gratitud por el don de la Eucaristía, presencia viva de Cristo en medio de su pueblo.

El celebrante coloca la Sagrada Forma en la custodia, se coloca el humeral, se arrodilla e incienso el Santísimo Sacramento, mientras se organiza la procesión que recorrerá las naves de la Iglesia, con el orden habitual: el incienso al frente, seguido de los cirios y del celebrante portando la custodia; además de los monaguillos, algunos fieles pueden acompañar con cirios, mientras que la asamblea permanece en sus lugares siguiendo el recorrido con recogimiento. Durante este momento se entona un canto eucarístico que acompaña solemnemente el paso del Santísimo.

La procesión regresa nuevamente al altar. El presidente se arrodilla nuevamente e incienso al Santísimo de cara al pueblo. Luego pronuncia esta oración:

Señor, Dios nuestro, que has querido permanecer entre nosotros en el sacramento de tu Cuerpo y de tu Sangre, mira con bondad a tu pueblo reunido en adoración. Haz que, alimentados por este misterio de salvación, avancemos por el camino de la santidad y de la unidad. Tú, que vives y reinas, por los siglos de los siglos. Amén.

El celebrante toma la custodia y da la bendición en silencio, pronuncia las alabanzas al Santísimo Sacramento, y procede a reservar.





Solemnidad de El Cuerpo y la Sangre Santísimos de Cristo

Ciclo A
7 de junio

I. Claves de reflexión

Acompañar

En nuestra convivencia diaria estamos expuestos a las consecuencias de los actos de quienes están movidos por la envidia y el egoísmo, que siempre están al acecho en el corazón, disfrazados de buenas intenciones, escondidos cosas aparentemente buenas... Sin duda eso deja heridas dolorosas que demoran en sanar y pueden ser pretexto para que actuemos de la misma manera.

Jesús tiene claro que para vencer la envidia y el egoísmo necesitamos aprender a vivir bien con otros. La vida comunitaria se hace posible solo cuando aprendemos a compartir, no solo lo que tenemos y necesitamos, sino nuestro propio ser, hasta hacernos como Él, alimento que da vida a todos.

Motivar

La Iglesia nos invita a celebrar con alegría esta fiesta del amor de Jesús. Él se queda con nosotros, presente en el altar a través de su Cuerpo y su Sangre. Su presencia viva en el pan eucarístico nos recuerda su fidelidad y su promesa de vida eterna.

Queridos niños hoy es un día especial, ya que Jesús nos enseña la alegría de compartir. Nos ha dejado su cuerpo como alimento y su sangre como bebida de Salvación. Este es un gesto de entrega generosa que nos invita a reflexionar si queremos hacer lo mismo y compartimos lo que tenemos —en la casa, en el colegio y con nuestros amigos—.

Retar

El reto es pasar del egoísmo y la envidia a la entrega generosa que alegra el corazón. Por eso, es hora de preguntarnos:

- ¿Qué me gusta compartir con otras personas?
- ¿Qué sentimientos experimento cuando comparto con otros?
- ¿Comparto desde lo que tengo o desde lo que me sobra?

A lo largo de esta semana compartiré tiempo, juguetes o algún alimento con una persona de mi familia.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Querida comunidad: hoy celebramos con gran gozo la presencia viva de Jesús en el altar y nos unimos a Él en la acción de gracias a Dios Padre, renovando continuamente nuestra fe.

Jesús entrega su cuerpo y su sangre, como lo hizo en la cruz, para alimentarnos y fortalecernos en nuestro camino discipular misionero.

Monición a las lecturas

La Palabra nos invita a reconocer la providencia de Dios a su pueblo. Jesús nos recuerda que Dios Padre ha sido fiel con sus hijos. Recordamos cómo alimentó al pueblo de Israel con el maná mientras peregrinaba hacia la tierra prometida, y como alimenta a la Iglesia con el Cuerpo y la Sangre de Jesús, preparándola para la vida eterna.

Oración de fieles

Presidente: Oremos al Padre celestial, quien nos donó a Jesús como alimento para la vida eterna y digamos:

R/. Escúchanos, Señor.

1. Por la Iglesia, para que sea signo de paz y esperanza en medio del mundo y sus diversas situaciones. Oremos.
2. Por nuestra Iglesia de Bogotá, para que alimentada por la Eucaristía anuncie con alegría que Jesús está vivo. Oremos.
3. Por las naciones del mundo entero y sus gobernantes, para sean provistas de todo lo necesario en beneficio de sus ciudadanos. Oremos.
4. Por nosotros para que, reconociendo la amorosa presencia de Jesús en el altar, vivamos en unidad. Oremos.

Presidente: Padre amoroso y fiel, que, mediante la entrega amorosa de Jesús, nos unes y nos alimentas, escucha nuestra oración y lleva a feliz término el anhelo de unidad y de justicia de tu Iglesia y de la humanidad entera. Por Cristo, Nuestro Señor. Amén

